

EL CIRCO DEL DR. LAO



Charles G. Finney

PRESENTACIÓN - El circo que somos

La súbita irrupción en lo cotidiano de lo numinoso, como factor más o menos perturbador, es sin duda uno de los recursos básicos de la narrativa fantástica de todos los tiempos, y en gran medida expresa la dialéctica de lo racional y lo irracional, de lo consciente y lo inconsciente: expresa la vaga e inquietante sensación –tan intensa en Lovecraft– de que el «orden» que nos rodea no es tan sólido como se pretende, de que la parte más vasta de nuestros conocimientos son sus lagunas, y de que en esas lagunas, como en las ciénagas jurásicas, acechan inimaginables horrores primigenios.

Y cuando la fantasía se asocia con la ironía para poner al descubierto no sólo la inestabilidad de nuestras convicciones y valores, sino también su mezquindad y estulticia, el efecto puede ser –suele ser– demoledor. No nos extraña, pues, que los más agudos críticos de todas las épocas hayan recurrido a menudo a esta mezcla explosiva, y que las fantasiosas sátiras de un Voltaire o un Swift suscitaran las reacciones más airadas por parte de los cancerberos del orden establecido, que veían –y con razón– en tales obras aparentemente festivas, una grave amenaza para sus pretenciosos templos ideológicos de cartón-piedra.

El circo del Dr. Lao es, en este sentido, una obra modélica, o, para decirlo en términos convencionales, un clásico en su género. Su estructura narrativa es de una sencillez diáfana y de una belleza igualmente clara. Su crítica, tan corrosiva como sutil, evita toda estridencia, toda Fácil caricatura, para ir desnudando suave, pero implacablemente, como al acaso, las miserias y contradicciones de nuestra sociedad neurótica.

A lo largo de esta exquisita narración, uno no puede dejar de preguntarse quiénes son en realidad los patéticos bufones, los animales enjaulados, los grotescos fenómenos de barracón. Uno no puede dejar de preguntarse de qué lado de la lona está en realidad el circo, de qué lado de la equívoca barrera que separa el sueño de la vigilia están las auténticas pesadillas.

CARLO FRABETTI

El día tres de agosto apareció en la quinta página del Abalone (Arizona) Morning Tribune un anuncio de ocho columnas de ancho y cincuenta centímetros de largo. En unos caracteres tipográficos que iban gradualmente del cuerpo noventa y seis al pequeño cícero, podía leerse que aquel día llegaría a Abalone un circo y que sus tiendas se desplegarían en un terreno vacío que había junto al río Santa Ana, un lugar pelado que no había sido invadido por el crecimiento de la ciudad y que estaba rodeado de todo tipo de casas y apartamentos.

Mediante una redacción muy florida, el anuncio hacía unas afirmaciones que ni siquiera Phineas Taylor Barnum se hubiera atrevido a hacer. Aseguraba que el personal femenino del espectáculo era de una hermosura imposible de igualar en ninguna edad dorada de belleza o preparación física. La mente de los hombres no podía concebir mujeres más bellas que las de su circo. Ni aunque se criara toda la raza humana para conseguir la belleza femenina, de la misma forma que todo el ganado de Jersey se criaba para lograr buenos filetes, se podrían lograr mujeres tan encantadoras como las que aparecían en su espectáculo... Sí, eran las mujeres más hermosas del mundo; y de todo el mundo, no solamente del mundo presente; eran las mujeres más bellas que habían existido desde que el mundo era mundo y que jamás existirían.

Y no menos sensacionales que las mujeres eran los animales salvajes que se mostraban en aquel circo. Nada de elefantes, tigres, hienas, monos, osos polares o hipopótamos; todo el mundo ha visto ya todo eso muchas veces y en todas partes. La visión de un león africano ya no tenía en aquel tiempo ningún interés; era algo tan anodino como ver un aeroplano. Pero existían animales que no había visto nunca ningún

hombre; unas bestias más feroces de lo que nadie pudiera imaginar: serpientes de una perfidia que iba más allá de toda comprensión; extraños híbridos que superaban los que la fantasía pudiera formar en las más terribles pesadillas.

Además, a lo largo del camino que conducía al circo había una gran cantidad de jaulas y casetas en las que se mostraban seres curiosos del mundo inferior, macabros trofeos de antiguas conquistas, superhombres resucitados de la antigüedad. Nada de sopladores de vidrio, espíritus u hombres-rana, sino auténticas monstruosidades nacidas de cerebros histéricos más que de entrañas enfermas.

Habría además una persona que adivinaba el futuro. Pero no una gitana, ni una rubia gorda susurrando cosas feas acerca de hombres oscuros en su vida, ni un místico con turbante hablando de constelaciones; no, este adivinador ni siquiera sería visible a los visitantes, y por supuesto no le tomaría a nadie la mano para decirle unas cuantas generalidades acerca de las líneas de la palma. Este ser anónimo, oculto tras el velo de su misterio, te hablaría de las cosas que sucederían en tu vida con el transcurso de los años. Y se te prevenía de no entrar en su tienda, a menos que desearas saber de verdad lo concerniente a tu futuro, porque nunca, bajo ninguna condición, te mentiría acerca de lo que te iba a pasar; ni tampoco te será posible, después de conocer tu futuro, prever de ninguna forma sus desagradables consecuencias. Ahora bien, lo que no haría es vaticinar nada referente a la política o a cuestiones internacionales. Era, evidentemente, capaz de hacerlo, pero el dueño se había dado cuenta de que tales profecías, en la medida en que eran invariablemente ciertas, habían sido utilizadas en otro tiempo de forma deshonesta por financieros y políticos sin escrúpulos; lo que significaba que la humanidad se había convertido en una cuestión de ganancia personal, y eso no era ético en absoluto.

Y había un espectáculo sólo para hombres. Era más educativo que pornográfico. No prometía exhibir cabras hermafroditas, ni garañones que mostraban su lascivia corriendo tras las mujeres. Ni tampoco ningún espectáculo de strip-tease. Sino que a partir de dramas y sueños eróticos de tiempos pasados se había elegido a un personaje de aquí, un episodio de allí, una visión furtiva de cualquier parte, y todo ello en combinación producía un efecto que no sólo no olvidaría ningún hombre normal durante bastantes días, sino que procuraría recordar vividamente. A causa del carácter especial de esta parte del circo, sólo se permitiría la entrada de los hombres mayores de veintiún años, y preferentemente casados; y quedaba absolutamente prohibida la entrada a cualquier hombre que estuviera bajo la influencia del alcohol.

En la tienda principal del circo propiamente dicho, animada con escenas coloristas que superarían las de la imaginación más viva, se desarrollaría un espectáculo formidable. Ante sus ojos se levantará la aterradora ciudad de Woldercan y el terrible templo de su terrorífico dios Yottle. Y ante sus ojos tendrá lugar la ceremonia del sacrificio ofrecido a Yottle: una virgen será santificada y muerta para propiciar a esta deidad, anterior al propio Bel-Marduk, y la principal, más poderosa y más vengativa de todas. Once mil personas tomarían parte en el espectáculo, todas ellas resudas según la usanza de la antigua Woldercan. Y el propio Yottle haría su aparición, mientras sus adoradores cantaban el canto de las esferas. Durante la ceremonia se desencadenarían rayos y truenos, y hasta sería posible que se sintiera un ligero terremoto. En conjunto era la cosa más tremenda que jamás se había visto bajo la lona. Entrada al recinto del circo, 10 centavos; 25 centavos a la gran carpa; los niños en brazos, gratis; la entrada a los espectáculos exteriores a la carpa, 10 centavos. La entrada al espectáculo sólo para hombres, 50 centavos. El desfile a las anee de la mañana. El circo se abre a las dos de la tarde; el espectáculo principal comienza a las 2.45, La función de la noche, a las 8. Vengan, rengan todos al mayor espectáculo de la Tierra.

La primera persona en notar algo raro en el anuncio, aparte de sus exageradas promesas, fue si corrector de pruebas del Tribune cuando buscaba errores tipográficos la noche anterior a que saliera en el periódico publicado. Para el señor Etaoin, el corrector

de pruebas, un anuncio no era más que un anuncio, una masa de palabras que había que revisar para evitar posibles errores tanto por omisión como por comisión, errores de forma y de fondo. Y sus meticulosos y astigmáticos ojos bailaban sobre los tipos de aquel anuncio que llenaba toda una página, deteniéndose al descubrir cualquier alteración el tiempo suficiente para que su lápiz lo indicara en el margen de la prueba; luego seguían bailando sobre los grupos de palabras hasta el fin. Después de haber leído el anuncio y de corregir todo lo que había que corregir, lo volvió a repasar desde los caracteres mayores a los más pequeños por si había omitido algo en la primera lectura. Y mirándolo en perspectiva descubrió que era anónimo, que exageraba hasta los extremos más insospechados las maravillas del espectáculo, pero que no decía de qué espectáculo se trataba, que no aparecía ningún nombre en medio de toda aquella superabundancia de descripciones.

«Aquí hay algo que va mal», reflexionó el señor Etaoin. Y llevó el ejemplar del anuncio al jefe de publicidad del Tribune para pedirle su opinión.

—Mire —le dijo—, aquí hay un anuncio de un circo que ocupa toda una página y no hay ni una palabra en la que se mencione de qué circo se trata. ¿No es extraño? ¿Es así como se anuncian en los periódicos? Por lo general, estos empresarios de circos pierden la cabeza porque sus nombres aparezcan en el encabezamiento.

—A ver —dijo el jefe de publicidad, tomando el ejemplar—. Dios mío, qué divertido. ¿Pero quién se ha encargado de esto?

—En el recibo aparece el nombre de Steele —informó el corrector de pruebas.

El encargado de los anuncios, Steele, fue llamado al despacho.

—Mire esto —le dijo el jefe de publicidad—. No hay ningún nombre ni nada por el estilo en este anuncio. ¿Qué me dice de ello?

—Bueno, señor, no sé —dijo Steele vagamente—. Un anciano chino me trajo el original esta mañana, pagó el importe del anuncio y dijo que había que reproducirlo exactamente como estaba escrito en el original. Dijo que dejaba a nuestro juicio los tipos de letra y todas esas cosas, pero que las palabras deberían ir exactamente como él las traía. Le dije que estaba de acuerdo, tomé el dinero y el anuncio y eso es todo lo que sé sobre este asunto. El insistió mucho en que no debíamos cambiar nada.

—Bueno, pero ¿no querría que apareciera su nombre aquí, en alguna parte? —insistió el corrector de pruebas.

—Que me aspen si lo sé —dijo Steele.

—Hagámoslo aparecer tal y como está —concluyó el jefe—. Tenemos el dinero. Y eso es lo importante en nuestro negocio.

—Pues aquí va a pasar algo —dijo el corrector—. ¿Han leído esta parrafada?

—No, no lo he leído —dijo Steele.

—Yo no leo un anuncio desde hace diez años —dijo el jefe—. Sólo miro de qué tipo son, pero no los leo.

—Muy bien —dijo el señor Etaoin—, irá tal y como está. Usted es el jefe.

La segunda persona que notó algo fuera de lo normal en aquella página del periódico fue la señorita Agnes Birdsong, profesora de inglés. Había dos palabras que la inquietaban: pornográfico y hermafrodítico. Sabía lo que significaba pornografía, pues lo había mirado en el diccionario después de leer una revista Jurgen del señor Cabell. Pero hermafrodítico la tenía desconcertada. Pensó que sospechaba que sabía lo que significaba; detectó las sombras del dios y de la diosa, pero su maridaje adjetival la dejaba perpleja. Lo sopesó un poco y luego alcanzó el diccionario. Un guardián del lenguaje no podía escatimar datos. Las definiciones la dejaron más sabia, pero no más triste. Volvió al anuncio, preguntándose cuál sería la furtiva visión que se contemplaría a través del agujero de la tienda donde se desarrollaba el espectáculo. Sopesó lo que sería aquel sueño erótico en la tienda de un circo. Por un momento deseó ser un hombre. Pensó, y rápidamente desechó tal pensamiento, vestirse de hombre y colarse en el espectáculo.

–Iré a ver el desfile –decidió la señorita Agnes Birdsong.

Los niños del fontanero Rogers descubrieron el anuncio cuando buscaban la página de los cómics. Era una ocasión tremenda. Un circo en la ciudad aquel mismo día y ellos ni siquiera se habían enterado de que llegaba. Una parada de dos horas que pasaría a dos manzanas de distancia de la casa de los Rogers. Payasos. Elefantes. Tigres. Calíopes. Música. Caballos. Pompas y fanfarria. La luz amarillenta de Abalone adquirió un tinte dorado para los hijos del fontanero Rogers porque había un circo en la ciudad.

–No os hagáis demasiadas ilusiones, ¿eh, niños? –dijo el fontanero con aprensión–. No sé si podréis ir o no. (No había tenido trabajo desde el primer día de la depresión.) Además, no creo que tenga mucho de circo todo eso.

Les arrebató el periódico y leyó el anuncio...

Cien mil personas tornarán parte en el espectáculo...

–¡Qué condenados mentirosos! –dijo el fontanero Rogers–. Apenas hay tanta gente en Abalone.

–Ay, John –dijo la señora Rogers sorprendida–. No deberías hablar de esa forma delante de los niños.

Pero John no la estaba escuchando. Estaba leyendo lo referente a las mujeres del circo.

–¿Sabes lo que te digo? Vamos a ir, Sarah –dijo finalmente–. Los niños no han ido a ver nada desde hace mucho tiempo. Puede que no tarde en encontrar trabajo. Estos tiempos malos no pueden durar mucho.

A las nueve en punto el jefe de policía leía el anuncio. Se volvió hacia la mesa del sargento.

–Oye, no tenía la menor idea de que hoy viniera un circo a la ciudad. ¿Sabías tú algo de esto?

–No –dijo el sargento–. De cualquier forma, no presto ninguna atención a los circos. No he estado en ninguno desde que era un muchacho. Y, además, nunca me gustaron todas aquellas malditas cosas infernales.

El jefe telefoneó a la oficina central de la ciudad.

–Oye, es acerca de ese circo que según anuncia el periódico va a venir hoy a la ciudad. ¿Sabéis algo de eso?

Escuchó durante un momento.

–Sí..., sí..., no..., eso me pregunto yo... No lo sé... Sí..., no..., oh, claro... Sí..., sí..., no... Mmmm. Adiós.

–¿Y bien? –preguntó el sargento.

–El jefe dice que anoche llegó un viejo chino y sacó un permiso para un circo antes de que dejara la oficina a última hora. Dice que el chino posee el consentimiento escrito del propietario para utilizar el terreno vacío para la representación.

–¿Y bien? –repitió el sargento.

–Bueno, tú envía a un par de muchachos allí esta tarde para que den un vistazo –dijo el jefe–. Supongo que está todo en orden, pero no deja de parecerme raro. ¿Has oído alguna vez que un chino regentara un circo?

–No, yo no he prestado atención a ningún circo desde que era pequeño –respondió el sargento.

Un oficial de tráfico del ferrocarril leyó el anuncio a las siete treinta, mientras desayunaba, antes de ir a trabajar. Detrás de una de sus orejas asomaba tentadoramente un grano que pedía a voces ser apretado. Tenía el cabello seco, fino, de un tono castaño desvaído y necesitado de un peinado más intensivo. Su carne era la de un hombre que no es ni viejo ni joven, pero tirando más a lo primero que a lo último, más repulsiva que tentadora. Los caníbales podían habérselo comido; unos marineros hambrientos en un naufragio nunca lo hubieran hecho. Una mujer poco exigente podría haberlo amado; una reina del cine, nunca. No era un oficial de tráfico demasiado bueno. El cielo tal vez podría

recompensarle; este mundo, nunca. Sus dos hijos se preguntaban a veces cómo se verían sus manos esposadas, sus pies en zapatillas de ballet, su nariz en un barril de cerveza. Leía el anuncio con aprensión, diciéndole con petulancia a su mujer:

–Ya tenemos uno de esos malditos circos en la ciudad. Pero no ha venido por ferrocarril; debe de haber utilizado sus propios transportes. Menos trabajo que tenemos. La verdad es que cada vez tenemos menos. Me he enterado de que no quieren ya más hombres del tráfico en los ferrocarriles. Cuando eso suceda, ¿qué diablos vamos a hacer?

–Oh, no empieces ahora a atormentarte –le dijo su mujer–. Déjalo para cuando realmente tengas motivo para hacerlo.

Un inspector de carreteras del estado venía de hacer su vigilancia nocturna en la autopista de California y al entrar en un restaurante para desayunar se encontró a un compañero procedente de Nuevo México. Vieron el anuncio en un periódico del restaurante.

–¿Viste algún circo venir por tu sector anoche? –preguntó el inspector Número Uno.

–No –respondió el inspector Número Dos.

–Yo tampoco. Deben de haber venido por ferrocarril. Si no tienes nada que hacer esta tarde podríamos ir a ver ese maldito circo.

–Bueno –dijo el inspector Número Dos–. A mí me gustan esas malditas cosas.

Un abogado que se enorgullecía de sus conocimientos de historia y de religión leyó el anuncio y se quedó boquiabierto con eso de «la ciudad hace tiempo muerta de Woldercan» y del «Terrible dios Yottle». Se lanzó hacia su enciclopedia para refrescar la memoria. No pudo encontrar ni la ciudad ni la deidad. Tampoco estaba seguro acerca de Bel-Marduk, de forma que lo consultó también. Sin embargo, Bel sí aparecía.

«Yottle –pensó el abogado–. Woldercan..., vaya bola. Alguien ha montado un buen montón de patrañas. Se pasan todo el tiempo enloqueciendo a la gente. Me pregunto qué concepto puede tener un circo de un dios anterior a Bel-Marduk. Oh, Dios mío, ¿qué es lo que inventarán después? Me parece que iré a echarle un vistazo al espectáculo. No tengo nada mejor que hacer que aburrirme mortalmente.»

Una tal señora Howard T. Cassan, viuda, leyó el anuncio a las diez menos cuarto.

«...A la entrada habrá un adivinador... velado por el misterio... profecías invariablemente ciertas...» La señora Cassan iba siempre a visitar a las personas que adivinaban el porvenir. Cuando no tenía ninguna a mano, consultaba las cartas. Le habían vaticinado el futuro las suficientes veces como para que hubiera podido llenar noventa y siete años más de vida y encontrarse con todo un regimiento de hombres altos y morenos.

–Iré y le preguntaré a ese hombre... veamos... sí, le preguntaré acerca de esa fuente de aceite con la que he soñado –se dijo la señora Howard T. Cassan.

Dos jóvenes que estudiaban en el Este, Slick Bronniezchski y Paul Conrad Cordón, y que se encontraban de paso en Abalone, Arizona, tras un viaje por el viejo México, leyeron el anuncio y decidieron ir a ver el circo.

–Entraremos en ese espectáculo sólo para hombres –dijo Slick.

–De acuerdo; y nos emborracharemos como esponjas también –dijo Paul–. Negar la entrada a hombres bajo la influencia del alcohol es un desafío que ningún Sigma Omicron Beta puede ignorar.

El señor Etaoin, corrector de pruebas del Tribune, repasó de nuevo el anuncio mientras desayunaba a las diez y media para ver si había pasado por alto algún error la noche anterior. Le satisfizo no encontrar ninguno. Contempló la página en conjunto, recreándose en el efecto logrado con los espacios blancos en torno a los tipos negros, sopesando el uso restringido de bastardilla, admirando los tipos de letra elegidos. No pudo sustraerse al atractivo de lo que estaba mirando.

«¿De qué tipo de espectáculo se tratará? –pensó el señor Etaoin–. Me parece que iré a verlo.»

El señor Larry Kamper leyó el anuncio con curiosidad mientras esperaba la llegada del próximo tren sentado bajo las palmeras en el parque cercano a la estación de ferrocarril. Larry no sabía qué tren estaba esperando, ni en qué dirección iría, ni adonde quería ir. Pero eso no le importaba. Acababa de ser licenciado del ejército, le quedaba todavía algo de dinero, era razonablemente su propio dueño y estaba relativamente libre de preocupaciones. Su última dirección permanente había sido la Compañía E, 15.º de infantería de los EE.UU., Campamento Americano, Tientsin, China. Le habían conducido a Fort Mason antes de su vuelta a América en un transporte del ejército, se le había pagado todo lo que se le debía, y ahora se encontraba haciendo un viaje turístico por el Sudoeste en autobús. Por eso estaba allí, bajo las palmeras, en el parque cercano a la estación, esperando el primer tren que llegara en cualquier dirección, y leyó con curiosidad el anuncio del Tribune. Y mira por dónde, sobre aquel viajero del mundo fue a caer un poco de nostalgia, y el fantasmal grito que surgía de lo más profundo de su ser le golpeó en las orejas; no había estado en un circo desde hacía diez años; ser un muchachito de nuevo; temblar a la vista de extraños animales; volver a sentir el sencillo escalofrío de la admiración. Sería muy grato; sería estupendo. Larry el soldado de infantería, Larry el combatiente, Larry el hombre que no perdía ocasión de irse con prostitutas, Larry el del lenguaje grosero, leyó el anuncio y decidió quedarse para recuperar su infancia. Se puso en pie y echó a caminar hacia los terrenos del circo.

Cuando había caminado seis manzanas de Main Street, Larry Kamper se topó con el desfile. Dándose cuenta de que era demasiado temprano para que comenzara el espectáculo, se introdujo entre la masa de mexicanos que llenaban la calle para echarle un vistazo a la procesión.

Estuvo a punto de echarse a reír cuando la vio. Sólo tres pequeños y temblorosos carromatos, el primero de los cuales estaba conducido por un anciano chino, el segundo por un hombre pálido con barba y el último por un tipo con aspecto de judío que llevaba un sombrero coronado de cuernos de cabra. Había una gran serpiente gris enroscada en el carromato del chino, un oso en el segundo y un perro verde en el último.

—Eh —dijo un hombre que estaba junto a Larry—, ¿qué tipo de animal es ese que tira del primer carro?

Larry miró y vio un caballo con un largo y delgado cuerno blanco en la frente.

—No es más que un fraude —dijo Larry—. ¿Cómo los llaman? ¿Unicuernos? No. ¿Monocuernos? No..., esto... ¿Unicornios? Eso es. Un unicornio. El tipo ése ha debido coger un caballo y lo ha convertido en unicornio pegándole un cuerno a la cabeza.

—Sí, pero yo no he visto nunca un caballo como ése —dijo el hombre—. Mire su cola. ¿Ha visto alguna vez un caballo con una cola como ésa?

—Bueno, yo no entiendo un pimiento de caballos —dijo Larry—. He estado seis años en infantería. Pero eso no es un unicornio; y lo sé por la sencilla razón de que los unicornios no existen, ni jamás existieron.

—Está bien, señor, pero eso no es tampoco un caballo —insistió el hombre—. Yo me he criado entre caballos, y le puedo asegurar que eso no es un caballo.

—Entonces debe de ser algún tipo de monstruosidad —dijo Larry. Y luego añadió—: Pero, bueno, ¿qué diablos es esa cosa que conduce el último carro?

El hombre lo miró y dijo:

—No es más que un tipo con unos cuernos en la cabeza. Otro truco, supongo.

—Yo nunca había visto un hombre como ése —dijo Larry—. Mírele los pies.

—¿Qué les pasa a sus pies?

—Bueno, los levanta con demasiada rapidez y los pone sobre el suelo sólo un segundo. Y lleva puestos unos zapatos increíblemente divertidos, si es que se les puede llamar zapatos. Y mírele la cara. ¿Ha visto alguna vez una cara como ésa?

—Sí —dijo el hombre—. Montones de caras como ésa. ¿Qué tiene de malo?

–No sé –dijo Larry–. Es todo bastante raro, de cualquier forma. ¡Una parada circense con sólo tres carros! Dios mío. En, ¿qué clase de animal es ese que va en el último carro?

–Ahora sí que no puedo contestarle, hermano. Es una especie de perro, ¿no?

–Eso no es un perro –negó Larry.

–Bueno, dejémonos ya de tonterías –protestó el hombre–. ¿Sabemos acaso cuál de los dos se está equivocando?

–Oh, al diablo con el desfile –dijo Larry–. Tengo algo de dinero. Vamos a tomarnos unas cervezas.

–De acuerdo –dijo el hombre.

Entraron en el establecimiento de Harry Martínez.

–Dos cañas –le dijo el hombre a Harry Martínez.

–No, no –dijo Larry–. Yo lo único que quiero es una cerveza.

–Eso significa aquí cerveza; es una forma de hablar en español –dijo Harry, sonriendo. Larry comprendió.

–Si es así, muy bien. ¿Qué le ha parecido la parada?

–No le he prestado mucha atención –dijo Harry–. Pero no puedo imaginarme por qué pusieron a ese hombre en el segundo carro. ¿Qué era? ¿Un salvaje de Borneo o algo así?

–¿Hombre? –dijo el compañero de Larry–. Yo no vi a ningún hombre en esos carros. Había una serpiente y un oso y algo que parecía una especie de perro, pero no vi ningún hombre. ¿Viste tú alguno? –le preguntó a Larry.

–Ahora ya no sé qué diablos vi –dijo Larry.

–Bueno –dijo Harry Martínez–, aquí estoy yo para decirle lo que han visto unos buenos ojos, y en la jaula del segundo carro de la parada vi a un hombre. Parecía un ruso o algo así. Lo que no sé es qué clase de animal era el que arrastraba el segundo carro; ¿puede decírmelo alguno de ustedes?

–Yo no me fijé –dijo el compañero de Larry.

–Yo tampoco –dijo Larry.

–Bueno –dijo Harry Martínez–, pues yo sí. ¿Han oído hablar alguna vez de una esfinge?

–¿Esas enormes estatuas que hay en Arabia?

–Sí. Bueno, pues lo que arrastraba el segundo carro parecía una esfinge. Claro que se trataba de un truco. Supongo que sería una muía grande disfrazada de león.

–No –dijo Larry–. Ahora me acuerdo. No era una muía.

–Bueno, entonces, ¿qué diablos era? –preguntó su amigo.

–No lo sé, pero no era una muía, de eso estoy seguro –dijo Larry, acabándose su cerveza.

–Otras dos cervezas –pidió su amigo.

–En seguida –dijo Harry Martínez.

El señor Etaoin, corrector de pruebas del Tribune, salió del restaurante situado en la Main Street y vio que la parada se aproximaba. Encendió un cigarrillo y esperó a que pasara.

Cuando estuvo frente a él, parpadeó preguntándose si sería verdad lo que veía. Una anciana le golpeó suavemente en un brazo. La acompañaba un niño.

–Por favor, señor, ¿puede decirnos qué clase de serpiente es la que va en ese carro? ¿La han capturado aquí, en Arizona? Nosotros somos del Este, ¿sabe?, y todavía no conocemos los animales de aquí.

El señor Etaoin observó el reptil encerrado en la jaula del lento carromato. No tenía escamas. Su piel era lisa y gris.

–No sé qué es, señora –dijo–, pero no se trata de una serpiente de Arizona, de eso estoy seguro. No se encuentran tan grandes aquí. A decir verdad, no sé en qué lugar del mundo pueden encontrarse serpientes tan grandes como ésa.

